



VIII

En el vórtice: la máquina infernal militar

EL ASPECTO asombroso del estallido de la primera Guerra Mundial no consiste en que una crisis más sencilla que otras muchas ya superadas finalmente desencadenara una catástrofe planetaria, sino en que tardara tanto tiempo en hacerlo. En 1914 se había vuelto mortal el enfrentamiento entre Alemania y Austria-Hungría, por una parte, y la Triple Entente, por la otra. Los estadistas de todos los grandes países habían contribuido a edificar el mecanismo diplomático infernal que haría que cada crisis sucesiva fuese más difícil de resolver. Sus jefes militares habían aumentado enormemente el peligro añadiendo planes estratégicos que reducían el tiempo necesario para tomar las decisiones. Y como los planes militares dependían de la rapidez, y la maquinaria diplomática no podía librarse de su ritmo tradicional, resultó imposible resolver la crisis bajo la intensa premura del tiempo. Para colmo de males, los estrategos mi-

litares no habían explicado adecuadamente a los políticos las implicaciones de su tarea.

De hecho, la estrategia militar se había vuelto autónoma. El primer paso en esta dirección se dio durante la negociación de una alianza militar franco-rusa, en 1892. Hasta entonces, las negociaciones de alianzas habían sido acerca del *casus belli*, o de las acciones específicas del adversario que pudiesen obligar a los aliados a entrar en guerra. Y casi invariablemente su definición dependía de quién hubiera roto las hostilidades.

En mayo de 1892 el negociador ruso, ayudante general Nikolai Obrúchev, envió una carta a su ministro del Exterior, Giers, explicándole cómo el método tradicional para definir el *casus belli* había sido afectado por la tecnología moderna. Argüía Obrúchev que lo importante era quién sería el primero en movilizar, no quién haría el primer disparo: “Emprender la movilización ya no puede considerarse un acto pacífico; por lo contrario, representa la acción más decisiva de la guerra”.¹

El bando que se tardara en movilizar perdería el beneficio de sus alianzas y permitiría a su enemigo derrotar a sus adversarios uno tras otro. La necesidad de que todos los aliados se movilizaran en forma simultánea se había vuelto tan apremiante en el cerebro de los gobernantes europeos que pasó a ser el fundamento de solemnes compromisos diplomáticos. El propósito de las alianzas ya no era garantizar el apoyo *después* de iniciada una guerra, sino asegurarse de que cada aliado se movilizaría en cuanto lo hiciera un adversario (o, de ser posible, antes que él). Y cuando las alianzas formadas de esta manera se enfrentaban entre sí, las amenazas basadas en la movilización se volvían irreversibles, porque detener una movilización ya iniciada sería más desastroso que no haberla comenzado siquiera. Si uno de los bandos la contenía mientras el otro seguía adelante, se encontraría en creciente desventaja cada día. Si ambos bandos trataban de detenerse uno al otro al mismo tiempo, la dificultad técnica sería tan enorme que casi con certeza la movilización se terminaría antes de que los diplomáticos pudiesen convenir en cómo detenerla.

Este procedimiento infernal hizo que el *casus belli* quedase fuera de todo control político. Cada crisis tenía un impulsor interno de la guerra —la decisión de movilizar—, y era seguro que toda guerra sería general.

Lejos de deplorar la perspectiva de una intensificación automática, Obrúchev la saludó con entusiasmo. Lo último que deseaba era un conflicto local. Pues si Alemania se mantenía al margen de una guerra entre Rusia y Austria, simplemente se presentaría después en posición de dictar las condiciones de la paz. En la fantasía de Obrúchev, esto era lo que Bismarck había hecho en el Congreso de Berlín:

Nuestra diplomacia menos que ninguna otra puede contar con un conflicto aislado; por ejemplo: de Rusia con Alemania o con Austria o Turquía por sí sola. El Congreso de Berlín fue para nosotros suficiente lección al respecto, y nos enseñó a quién debíamos considerar nuestro enemigo más peligroso: ¿el que nos combate directamente, o el que aguarda a que nos debilitemos y entonces dicta las condiciones de paz? [...]²

Según Obrúchev, a Rusia le convenía asegurarse de que cada conflicto fuese una guerra general. Para Rusia el beneficio de una alianza bien formada con Francia consistiría en anular la posibilidad de una guerra localizada:

Al comienzo de cada guerra europea los diplomáticos siempre tienen la gran tentación de localizar el conflicto, y de limitar sus efectos tanto como sea posible. Pero en el actual estado de armamento y agitación de la Europa continental, Rusia debe considerar cada una de esas localizaciones de la guerra con particular escepticismo, porque fortalecerían indebidamente las posibilidades no sólo de aquellos enemigos nuestros que aún están vacilando y no han salido a campo abierto, sino también de los aliados indecisos.³

En otras palabras, una guerra defensiva y con objetivos limitados atentaría *contra* el interés nacional de Rusia. Toda guerra había de ser total y los estrategos militares no debían dar ninguna opción a los dirigentes políticos:

Una vez arrastrados a una guerra, tenemos que entablar esa guerra con todas nuestras fuerzas, y contra nuestros dos vecinos. Ante la disposición de pueblos enteros armados a ir a la guerra, no puede imaginarse siquiera otra clase de guerra que la de tipo más decisivo: una guerra que determinará por largo tiempo, en el futuro, las posiciones políticas relativas de las potencias europeas, especialmente de Rusia y de Alemania.⁴

Por muy trivial que fuese la causa, la guerra sería total. Si su prelude sólo incluía a uno de sus vecinos, Rusia buscaría que también el otro fuese arrastrado a ella. Casi grotescamente, el estado mayor ruso *prefería* luchar contra Alemania y Austria-Hungría unidas, y no con sólo una de ellas. El 4 de enero de 1894 se firmó una convención militar que expresaba las ideas de Obrúchev. Francia y Rusia convenían en movilizarse juntas si *cualquier* miembro de la Triple Alianza se movilizaba por *cualquier* razón. Estaba completa la máquina infernal. Si Italia, aliada de Alemania, movilizara sus tropas contra Francia, por ejemplo, por causa de Saboya, Rusia tendría que movilizar su ejército contra Alemania. Si Austria se movilizaba contra Serbia, Francia se vería obligada a movilizar sus contingentes contra Alemania. Y como era virtualmente seguro que en determinado momento alguna nación movilizaría sus fuerzas por alguna causa, sólo era cuestión de tiempo que estallara

una guerra general, pues sólo se necesitaba *la* movilización de *una* gran potencia para poner en marcha la maquinaria infernal entre todas ellas.

Al menos el zar Alejandro III comprendió que estaban en juego los intereses más elevados. Cuando Giers le preguntó: “[...] ¿qué ganaríamos con ayudar a Francia para que destruya a Alemania?”, el zar le contestó: “Lo que ganaríamos sería que Alemania, como tal, desapareciera. Se descompondría en gran número de pequeños Estados débiles, como era antes”.⁵ Los objetivos de guerra de Alemania eran igualmente generales y nebulosos. El tan invocado equilibrio europeo se había convertido en una lucha de vida o muerte, aunque ninguno de los estadistas en cuestión habría podido explicar qué justificaba semejante nihilismo, o qué objetivos políticos se podrían alcanzar mediante la conflagración.

Lo que los estrategos rusos presentaban como teoría, el estado mayor alemán lo convirtió en una planificación operacional casi en el momento preciso en que Obrúchev estaba negociando la alianza militar franco-rusa. Y con germánica minuciosidad, los generales imperiales llevaron el concepto de movilización a su extremo más absoluto. El jefe del estado mayor alemán, Alfred von Schlieffen, estaba tan obsesionado por las fechas de movilización como sus colegas rusos y franceses. Pero mientras que los jefes militares franco-rusos se preocupaban por definir la obligación de movilizar, Schlieffen se concentró en aplicar ese concepto.

Negándose a dejar que las cosas dependieran de los caprichos del medio político, Schlieffen pensó en urdir un plan infalible para que Alemania escapara del temido envolvimiento. Así como los sucesores de Bismarck habían abandonado su compleja diplomacia, también Schlieffen descartó los conceptos estratégicos de Helmuth von Moltke, artífice militar de las tres rápidas victorias de Bismarck entre 1864 y 1870.

Moltke había inventado una estrategia que dejaba la opción de una solución política a la pesadilla de Bismarck, las coaliciones enemigas. En caso de una guerra en dos frentes, Moltke planeó dividir el ejército alemán en partes casi iguales entre el Este y el Oeste, y ponerse a la defensiva en ambos frentes. Como el principal objetivo de Francia era recuperar Alsacia-Lorena, seguramente atacaría. Si Alemania frustraba esa ofensiva, Francia se vería obligada a considerar una paz de compromiso. Moltke expuso específicamente la inconveniencia de extender las operaciones militares hasta París, habiendo aprendido en la guerra franco-prusiana lo difícil que era concluir una paz mientras se tenía sitiada la capital enemiga.

Moltke propuso la misma estrategia para el frente oriental, a saber: rechazar un ataque ruso y luego hacer retroceder al ejército ruso hasta una distancia estratégicamente considerable y entonces ofrecer una paz de compromiso. Las fuerzas que primero obtuviesen la victoria irían a

ayudar a los ejércitos del otro frente. De este modo, la escala de la guerra, los sacrificios y la solución política se mantendrían en una especie de equilibrio.⁶

Pero así como los sucesores de Bismarck se habían sentido incómodos con las ambigüedades de sus alianzas traslapantes, así también Schlieffen rechazó el plan de Moltke, porque dejaba la iniciativa militar a los enemigos de Alemania. Tampoco aprobó Schlieffen la preferencia de Moltke por el compromiso político, por encima de la victoria total. Dispuesto a imponer condiciones que equivalían, en realidad, a una rendición incondicional, Schlieffen elaboró un plan para obtener una victoria rápida y decisiva en un frente, y luego lanzar todas las fuerzas de Alemania contra el otro adversario, logrando así un resultado decisivo en ambos frentes. Como no había ni qué pensar en un golpe rápido y decisivo en el Este, debido al lento ritmo de la movilización rusa (que se esperaba que tardara seis semanas) y por la inmensidad del territorio ruso, Schlieffen decidió destruir primero al ejército francés, antes de que el ejército ruso estuviera totalmente movilizado. Para rodear las grandes fortificaciones francesas frente a la frontera alemana, Schlieffen concibió la idea de violar la neutralidad belga, haciendo pasar al ejército alemán por su territorio. Tomaría París y atacaría al ejército francés por la retaguardia en sus fortalezas a lo largo de la frontera. Mientras tanto, Alemania se mantendría a la defensiva en el Este.

El plan era tan brillante como temerario. Un mínimo conocimiento de la historia habría demostrado que la Gran Bretaña entraría sin vacilar en guerra en caso de que Bélgica fuese invadida, hecho que parece haber eludido por completo al káiser y al estado mayor alemán. Veinte años después de concebido el Plan Schlieffen en 1892, los gobernantes de Alemania habían hecho innumerables propuestas a la Gran Bretaña para ganarse su apoyo —o al menos su neutralidad— en una guerra europea, todas las cuales resultaron ilusorias por obra de la estrategia militar alemana. No había causa por la cual la Gran Bretaña hubiese luchado tan constante o implacablemente como la independencia de los Países Bajos. Y la conducta de la Gran Bretaña en las guerras contra Luis XIV y Napoleón daba prueba de su tenacidad. Una vez en batalla combatiría hasta el fin, aunque Francia fuese vencida. Y el Plan Schlieffen no tomaba en cuenta ninguna posibilidad de fracaso. Si Alemania no destruía al ejército francés —lo cual era posible, ya que los franceses tenían líneas interiores y ferrocarriles que irradiaban desde París, mientras que el ejército alemán tendría que marchar a pie, en un arco, por los campos devastados—, Alemania se vería obligada a adoptar la estrategia de Moltke, de defensa en ambos frentes, después de haber suprimido la posibilidad de una paz de compromiso político al ocupar Bélgica. Mientras que el principal objetivo de la política exterior de Bismarck había sido evitar una guerra en dos frentes, y la estrategia militar

de Moltke la de limitarla, Schlieffen insistió en una guerra en dos frentes dirigida de manera total.

Como el despliegue alemán se centraba en Francia mientras que el origen más probable del conflicto estaría en la Europa del Este, la pregunta que había sido pesadilla de Bismarck: “¿Qué pasa si hay una guerra en dos frentes?”, fue transformada en la pregunta que era la pesadilla de Schlieffen: “¿Qué pasa si no hay una guerra en dos frentes?” Si Francia declarara su neutralidad ante una guerra en los Balcanes, Alemania podría encontrarse ante el peligro de una declaración de guerra por parte de Francia *después* que fuese completa la movilización de Rusia, como Obrúchev ya lo había explicado desde el otro lado de la línea divisoria de Europa. Si, en cambio, Alemania rechazaba la oferta francesa de neutralidad, el Plan Schlieffen colocaría a Alemania en la incómoda posición de atacar a la no beligerante Bélgica para llegar a la no beligerante Francia. Por consiguiente, Schlieffen tenía que inventar un motivo para atacar a Francia, en caso de que ésta se mantuviera al margen. Creó entonces una condición imposible, con la cual Alemania aceptaría la neutralidad francesa. Alemania sólo consideraría neutral a Francia si ésta aceptaba ceder una de sus principales fortalezas a Alemania; en otras palabras, sólo si Francia se ponía a merced de Alemania y renunciaba a su posición de gran potencia.

La terrible mezcla de alianzas políticas generales y estrategias militares violentas garantizaba un enorme derramamiento de sangre. El equilibrio del poder había perdido toda semejanza con la flexibilidad que tuviera durante los siglos XVIII y XIX. Donde comenzara la guerra (y casi seguramente sería en los Balcanes), el Plan Schlieffen haría que las batallas iniciales se entablaran en el Oeste, entre países que casi no tenían ningún interés en la crisis inmediata. La política exterior había cedido el lugar a la estrategia militar, que ya consistía en arriesgarlo todo a un solo lanzamiento de dados. Difícil sería imaginar un enfoque de la guerra más insensato y tecnocrático.

Aunque los dirigentes militares de uno y otro bando insistieran en el tipo más destructivo de guerra, guardaron un silencio ominoso acerca de sus consecuencias políticas a la luz de la tecnología militar que utilizaban. ¿Cómo quedaría Europa después de una guerra de la escala que ellos estaban planeando? ¿Qué cambios podrían justificar la carnicería que preparaban? No había una sola exigencia específica rusa contra Alemania, o una sola exigencia alemana contra Rusia que mereciera una guerra local, y mucho menos una guerra general.

También los diplomáticos de ambos bandos guardaban silencio, en gran parte porque no comprendían las implicaciones políticas de la bomba de tiempo de sus países, y porque la política nacionalista en cada país los hacía temer que tuvieran que desafiar a las clases militares. Esta conspiración del silencio impidió a los dirigentes políticos de

todos los grandes países exigir planes militares que establecieran alguna correspondencia entre los objetivos militares y los objetivos políticos.

Considerando la catástrofe que estaban preparando, hay algo que parece casi misterioso en la ligereza de los gobernantes europeos al lanzarse por su desastroso curso. Se hicieron asombrosamente pocas advertencias; una excepción honrosa fue la de Piotr Durnovo, ex ministro del Interior ruso que luego fue miembro del Consejo de Estado. En febrero de 1914 —seis meses antes de la guerra— dirigió al zar este memorándum profético:

El principal peso de la guerra recaerá sin duda en nosotros, ya que Inglaterra difícilmente tomará parte considerable en una guerra continental, mientras que Francia, escasa de efectivos militares, probablemente pondrá en juego tácticas estrictamente defensivas en vista de las enormes bajas que sin duda habrá en la guerra en las condiciones actuales de la técnica militar. El papel de ariete que tratará de abrir brecha en lo más grueso de la defensa alemana recaerá sobre nosotros [...]7

A juicio de Durnovo, estos sacrificios serían inútiles porque Rusia no obtendría ganancias territoriales permanentes luchando al lado de la Gran Bretaña, su tradicional adversaria geopolítica. Aunque la Gran Bretaña concediera ganancias a Rusia en la Europa central, una tajada adicional de Polonia sólo aumentaría las tendencias centrífugas ya poderosas que había dentro del Imperio ruso. Aumentar la población ucraniana, dijo Durnovo, espolearía las demandas de una Ucrania independiente. Por tanto, la victoria podría tener el resultado irónico de fomentar suficientes tumultos étnicos para reducir el Imperio del zar a la Pequeña Rusia.

Durnovo señaló que, aunque Rusia realizara su sueño de todo un siglo —la conquista de los Dardanelos—, tal realización resultaría estratégicamente nula:

Sin embargo, no nos daría una salida al mar, ya que del otro lado se encuentra un mar formado casi exclusivamente por aguas territoriales, mar con incontables islas donde la Armada británica, por ejemplo, no tendría ninguna dificultad en bloquearnos toda entrada y salida sin que importaran los Estrechos.⁸

Sigue siendo un misterio el que este sencillo hecho geopolítico pudiera eludir a tres generaciones de rusos que deseaban la conquista de Constantinopla... y de ingleses determinados a frustrar sus planes.

Durnovo siguió argumentando que una guerra daría aún menos beneficios económicos a Rusia. Según cualquier cálculo, costaría mucho más de lo que pudiera recuperarse. La victoria alemana destruiría la economía rusa, mientras que la victoria rusa sangraría la economía ale-

mana y no quedaría nada para reparaciones, cualquiera que fuese el bando vencedor:

No cabe la menor duda de que la guerra impondrá tales gastos que están más allá de los limitados medios financieros de Rusia. Tendremos que conseguir crédito de países aliados y neutrales, pero no nos lo concederán gratuitamente. En cuanto a lo que ocurrirá si la guerra termina desastrosamente para nosotros, no deseo analizarlo por ahora. Las consecuencias financieras y económicas de la derrota no se pueden calcular y ni siquiera prever, y sin duda serán la ruina total de la economía nacional. Pero aun la victoria nos muestra unas perspectivas financieras en extremo desfavorables; una Alemania totalmente arruinada no podrá compensar los costos en que hayamos incurrido. El tratado de paz, dictado en favor de los intereses de Inglaterra, no dará oportunidad a Alemania para que logre una recuperación económica suficiente a fin de solventar nuestros gastos de guerra, ni siquiera dentro de mucho tiempo.⁹

Y sin embargo, la razón más poderosa de Durnovo para oponerse a la guerra era su predicción de que la guerra conduciría inevitablemente a la revolución social: primero en el país vencido, y luego, partiendo de ahí, en al vencedor:

Es nuestra firme convicción, basada en un largo y minucioso estudio de todas las tendencias subversivas contemporáneas, que inevitablemente habrá de estallar en el país vencido una revolución social que, por la naturaleza misma de las cosas, se extenderá al país del vencedor.¹⁰

No hay pruebas de que el zar haya visto el memorándum que habría podido salvar su dinastía. Tampoco hay constancia de un análisis comparable en otras capitales europeas. Lo más que alguien se acercó a las ideas de Durnovo estuvo en unos secos comentarios de Bethmann-Hollweg, el canciller que llevaría a Alemania a la guerra. En 1913, ya demasiado tarde, había explicado muy concisamente por qué la política exterior alemana era tan perturbadora para el resto de Europa:

Desafiar a todos, atravesarse en el camino de todos, sin debilitar realmente a nadie. La razón: falta de propósito, la necesidad de pequeños éxitos de prestigio, y halago a cada corriente de la opinión pública.¹¹

Aquel mismo año, Bethmann-Hollweg anotó otra máxima que habría salvado a su país si se hubiera puesto en práctica 20 años antes:

Debemos contener a Francia mediante una política cautelosa hacia Rusia e Inglaterra. Naturalmente, esto no agrada a nuestros chauvinistas y nos hace impopulares. Pero no veo alternativa para Alemania dentro de poco.¹²

Por el tiempo en que se escribieron estas líneas, Europa ya se encaminaba al vórtice. El sitio de la crisis que desencadenó la primera Guerra Mundial no afectó el equilibrio europeo del poder, y el *casus belli* fue tan accidental como imprudente había sido la diplomacia anterior.

El 28 de julio de 1914 Francisco Fernando, heredero del trono de los Habsburgo, pagó con su vida la brutalidad de Austria al haberse anexo a Bosnia-Herzegovina en 1908. Ni siquiera el modo del asesinato estuvo libre de la singular mezcla de lo trágico y lo absurdo que marcó la desintegración de Austria. El joven terrorista serbio falló en su primer intento de asesinar a Francisco Fernando, hiriendo, en cambio, al conductor del vehículo del archiduque. Después de llegar a la residencia del gobernador y de reprender a los administradores austriacos por su negligencia, Francisco Fernando, acompañado de su esposa, decidió visitar a la víctima en el hospital. El nuevo chofer de la pareja real se equivocó al doblar una esquina y, al dar marcha atrás, fue a detenerse frente al atónito asesino potencial, que había estado ahogando su frustración en licor en un café de enfrente. Tan providencialmente entregadas así sus víctimas, el magnicida no falló una segunda vez.

Lo que comenzó casi como accidente se convirtió en una conflagración con la inevitabilidad de una tragedia griega. Como la esposa del archiduque no era de sangre real, ninguno de los reyes de Europa asistió al funeral. Si las testas coronadas se hubiesen congregado habrían tenido la oportunidad de intercambiar opiniones y acaso habrían estado menos dispuestas a ir a la guerra pocas semanas después por lo que había sido, después de todo, una conjura terrorista.

Con toda probabilidad, ni siquiera una "junta en la cumbre" real habría impedido que Austria encendiera la mecha que el káiser se apresuró a tenderle. Recordando su promesa del año anterior de apoyar a Austria en la siguiente crisis, Guillermo II invitó al embajador de Austria a almorzar el 5 de julio y lo apremió a emprender una acción inmediata contra Serbia. El 6 de julio Bethmann-Hollweg confirmó el compromiso del káiser: "Austria debe juzgar lo que tiene que hacer para aclarar sus relaciones con Serbia; pero, cualquiera que sea la decisión que tome, ciertamente podrá contar con que Alemania se mantendrá a su lado como aliada".¹³

Por fin, Austria tenía el cheque en blanco que había anhelado tanto tiempo, y un auténtico motivo de queja al que podía aplicarlo. Tan insensible como siempre a las consecuencias de su bravata, Guillermo II se fue en un crucero a los fiordos noruegos (en los días anteriores a la radio). No se sabe exactamente qué pensaba pero, sin duda, no preveía una guerra europea. El káiser y su canciller calcularon, al parecer, que Rusia aún no estaba preparada para la guerra y se mantendría al margen mientras Serbia era humillada, como ya lo había hecho en 1908. En todo caso, creyeron que se encontraban en mejor situación para un encuentro con Rusia de lo que estarían pocos años después.

Superando su propia marca de juzgar mal la psicología de sus potenciales adversarios, los gobernantes alemanes estaban tan convencidos de que tenían una magnífica oportunidad como cuando habían tratado de obligar a la Gran Bretaña a entrar en una alianza construyendo una gran Armada, o de aislar a Francia amenazándola con la guerra por Marruecos. Con la suposición de que un triunfo de Austria podría romper el cerco cada vez más reducido, haciendo que Rusia se desilusionara de la Triple Entente, no pensaron en Francia, que les parecía irreconciliable, y evitaron toda mediación de la Gran Bretaña para que no les aguara la fiesta. Se habían convencido de que si, contra todas las expectativas, estallaba la guerra, la Gran Bretaña permanecería neutral o intervendría demasiado tarde. Y sin embargo, Serge Sazónov, el ministro del Exterior ruso, al estallar la guerra, explicó por qué Rusia no retrocedió esta vez:

Desde la guerra de Crimea no pudimos ya hacernos ilusiones sobre los sentimientos de Austria hacia nosotros. El día en que inició su política depredadora en los Balcanes, esperando con ello apuntalar la tambaleante estructura de sus dominios, sus relaciones con nosotros se hicieron cada vez más hostiles. Sin embargo, pudimos reconciliarnos con este inconveniente hasta que se aclaró que su política balcánica contaba con las simpatías de Alemania y era alentada desde Berlín.¹⁴

Rusia creyó que tenía que oponerse a lo que interpretó como una maniobra alemana para destruir su posición entre los eslavos humillando a Serbia, su aliada más fiel en la zona. “Quedó claro —escribió Sazónov— que no estábamos ante la decisión precipitada de un ministro miope, tomada a su propio riesgo y por su propia responsabilidad, sino ante un plan minuciosamente preparado y elaborado con ayuda del gobierno alemán, sin cuyo consentimiento y promesa de apoyo nunca se habría aventurado Austria-Hungría a ponerlo en ejecución.”¹⁵

Otro diplomático ruso escribiría después, nostálgicamente, sobre la diferencia entre la Alemania de Bismarck y la Alemania del káiser:

La Gran Guerra fue la consecuencia inevitable del apoyo que dio Alemania a Austria-Hungría en su política de penetración en los Balcanes, que se combinó con la grandiosa idea pangermánica de una “Europa central” germanizada. En los días de Bismarck esto nunca habría ocurrido. Lo que pasó fue el resultado de la nueva ambición de Alemania de echarse a cuestras una tarea más estupenda que la de Bismarck... pero sin Bismarck.^{16*}

* Las memorias rusas deben tomarse *cum grano salis*, porque estaban tratando de echar toda la responsabilidad de la guerra sobre los hombros de Alemania. Sazónov, en particular, merece una parte de la censura, porque claramente pertenecía al partido de la guerra, que exigía la movilización total... aun cuando su análisis general tenga mucho mérito.

Los diplomáticos rusos estaban sobrevalorando a los alemanes, pues el káiser y sus consejeros no tenían en 1914 un plan de largo alcance, como no lo habían tenido en ninguna crisis antes. La crisis que causó el asesinato del archiduque se volvió incontrolable porque ninguno de los gobernantes estaba dispuesto a retroceder, y cada país se preocupaba, ante todo, por estar a la altura de las obligaciones formales de sus tratados, y no por un concepto general del interés común a largo plazo. Lo que faltaba a Europa era un sistema de valores generalizado que mantuviera unidas a las potencias, como el que había existido en el sistema de Metternich o en la fría flexibilidad diplomática de la *Realpolitik* de Bismarck. La primera Guerra Mundial no estalló porque los países violaran sus tratados, sino precisamente porque los cumplieron al pie de la letra.

De los muchos aspectos insólitos del preludeo a la primera Guerra Mundial, uno de los más extraños fue que al principio no ocurriera nada. Austria, fiel a su estilo de maniobrar, dio largas, en parte porque Viena necesitó tiempo para vencer la renuencia del primer ministro húngaro, István Tisza, a arriesgar el Imperio. Cuando Tisza por fin cedió, Viena envió un ultimátum de 48 horas a Serbia, el 23 de julio, planteando deliberadamente unas condiciones tan onerosas que era seguro que serían rechazadas. Y sin embargo, ese plazo había costado a Austria el beneficio de la indignación general que había cundido por toda Europa por el asesinato del archiduque.

En la Europa de Metternich, con su compartido compromiso con la legitimidad, casi no hay duda de que Rusia habría aprobado la venganza austriaca contra Serbia por el asesinato de un príncipe que estaba en línea directa de sucesión al trono austriaco. Pero en 1914 la legitimidad ya no era un nexo común. La simpatía de Rusia por su aliada, Serbia, pesó más que la indignación por el asesinato de Francisco Fernando.

Durante todo el mes que siguió al asesinato, la diplomacia austriaca había sido dilatoria. Sobrevino entonces, en menos de una semana, la loca carrera al cataclismo. El ultimátum austriaco puso los hechos fuera del dominio de los jefes políticos. Pues una vez emitido el ultimátum, todo país importante se encontró en posición de desencadenar la irreversible carrera de la movilización. Resulta irónico que la maquinaria de la movilización fuese encendida por el único país que debió haber sido indiferente a los programas de la movilización. Pues los planes militares de Austria, únicos entre todas las grandes potencias, aún eran anticuados y no dependían de la rapidez. Para los planes de guerra austriacos importaba poco en qué semana empezara la guerra, mientras sus ejércitos pudieran ir tarde o temprano a combatir a Serbia. Austria había enviado su ultimátum a Serbia para evitar toda mediación, no para acelerar las operaciones militares. Y la movilización austriaca tampoco amenazaba a ninguna otra gran potencia, pues necesitaría un mes para completarse.

De este modo, los programas de movilización que hicieron inevitable la guerra fueron causados por el país cuyo ejército no empezó realmente a pelear sino hasta *después* que habían pasado las grandes batallas en el Oeste. Por otra parte, y cualquiera que fuese el estado de preparación de Austria, si Rusia deseaba amenazarla, tenía que movilizar algunas tropas, lo que desencadenaría lo irreversible en Alemania (aunque ninguno de los dirigentes políticos parece haber captado este peligro). Lo paradójico de julio de 1914 fue que los países que tenían razones políticas para ir a la guerra no estaban sujetos a rígidos programas de movilización, mientras que las naciones con programas rígidos, como Alemania y Rusia, no tenían ninguna razón política para ir a la guerra.

La Gran Bretaña, el país que se encontraba en mejor posición para contener esta cadena de hechos, vaciló. Casi no tenía ningún interés en la crisis balcánica, aunque sí tenía un interés importante en mantener la Triple Entente. Temía la guerra, pero temía aún más un triunfo alemán. Si la Gran Bretaña hubiese declarado inequívocamente sus intenciones, dando a entender a Alemania que entraría en una guerra general, es muy posible que el káiser hubiese rehuido el enfrentamiento. Así es como Sazónov vio después la situación:

No puedo dejar de expresar la opinión de que si en 1914 sir Edward Grey hubiese hecho, como yo insistentemente se lo solicité, un anuncio oportuno e igualmente inequívoco de la solidaridad de la Gran Bretaña para con Francia y Rusia, habría podido salvar a la humanidad de ese terrible cataclismo, cuyas consecuencias pusieron en peligro la existencia misma de la civilización europea.¹⁷

Los gobernantes británicos no querían arriesgar la Triple Entente manifestando alguna vacilación en el apoyo a sus aliados y, en forma un tanto contradictoria, tampoco querían amenazar a Alemania para mantener la opción de mediar en el momento oportuno. En consecuencia, la Gran Bretaña no hizo lo uno ni lo otro. No tenía ninguna obligación legal de entrar en guerra del lado de Francia y de Rusia, como lo aseguró Grey a la Cámara de los Comunes el 11 de junio de 1914, poco más de dos semanas antes del asesinato del archiduque:

[...] si estallase una guerra entre las potencias europeas, no habría acuerdos no publicados que restringieran u obstaculizaran la libertad del gobierno o del Parlamento para decidir si la Gran Bretaña participaría o no en una guerra [...]¹⁸

En el aspecto legal, esto indudablemente era cierto. Pero también había una intangible dimensión moral. La Armada francesa estaba en el Mediterráneo a causa del acuerdo naval de Francia con la Gran Bre-

taña; en consecuencia, la costa del norte de Francia estaría inerte ante la Armada alemana si Londres se mantenía al margen de la guerra. Al estallar la crisis, Bethmann-Hollweg propuso no emplear la Armada alemana contra Francia si la Gran Bretaña prometía permanecer neutral. Pero Grey rechazó el trato, por la misma razón por la que había rechazado la oferta alemana de 1909 de aplazar la construcción de navíos a cambio de la neutralidad británica en una guerra europea: sospechó Grey que, si Francia era derrotada, la Gran Bretaña quedaría a merced de Alemania.

Deberá usted informar al canciller alemán que, por el momento, no podemos considerar su propuesta de que nos comprometamos a mantenernos neutrales en esos términos.

[...] Que hiciésemos este trato con Alemania a expensas de Francia sería una desgracia de la que nunca se recuperaría el buen nombre de este país.

El canciller también nos pide, de hecho, que rechacemos toda obligación o interés que tengamos respecto a la neutralidad de Bélgica. Tampoco ese trato podemos considerarlo.¹⁹

El dilema de Grey fue que su país había quedado atrapado entre las presiones de la opinión pública y las tradiciones de su política exterior. Por una parte, la carencia de apoyo público para entrar en guerra por la cuestión balcánica exigía un poco de mediación. Por otra parte, si Francia era derrotada o dejaba de confiar en la alianza británica, Alemania se encontraría en esa posición predominante a la que siempre se había opuesto la Gran Bretaña. Por consiguiente, era muy probable que, a la postre, este país tuviera que ir a la guerra para impedir un desplome militar francés aun si Alemania no hubiese invadido a Bélgica, aunque se habría requerido cierto tiempo para que cristalizara el apoyo del pueblo británico a la guerra. Durante ese periodo, la Gran Bretaña habría intentado mediar. Sin embargo, la decisión de Alemania de desafiar uno de los principios más firmemente establecidos de la política exterior inglesa —que los Países Bajos no debían caer en manos de una gran potencia— sirvió para disipar las dudas británicas y garantizar que la guerra no terminara en un compromiso.

Grey razonó que, si no tomaba partido en las primeras fases de la crisis, la Gran Bretaña conservaría su renombre de imparcialidad, lo que le permitiría negociar una solución. Su experiencia apoyaba esta estrategia. El resultado de intensificadas tensiones internacionales durante 20 años había sido invariablemente una conferencia. Sin embargo, en ninguna crisis se había llegado hasta la movilización. Como todas las grandes potencias estaban preparándose para movilizar sus fuerzas, se desvaneció el margen de tiempo disponible para recurrir a los métodos diplomáticos tradicionales. De este modo, en las 96 horas decisivas en

que los programas de movilización anularon toda oportunidad de maniobra política, el gabinete británico en realidad adoptó el papel de simple observador.

El ultimátum de Austria colocó a Rusia contra la pared en un momento en que ya creía que habían abusado de ella. Bulgaria, cuya liberación del yugo turco fue lograda por Rusia mediante varias guerras, se inclinaba en favor de Alemania. Austria, habiéndose anexado a Bosnia-Herzegovina, parecía dispuesta a convertir en un protectorado a Serbia, el último importante aliado balcánico de Rusia. Por último, al establecerse la propia Alemania en Constantinopla, Rusia tenía que preguntarse si la época del paneslavismo no redundaría en la dominación teutónica de todo lo que había codiciado durante un siglo.

No obstante, el zar Nicolás II no tenía ningún deseo de chocar con Alemania. En una reunión de ministros, el 24 de julio, pasó lista a las opciones de Rusia. Según el ministro de Finanzas, Piotr Bark, dijo el zar: "La guerra sería desastrosa para el mundo, y una vez que hubiese estallado sería difícil ponerle fin". Además, observó Bark: "El emperador de Alemania le había asegurado repetidas veces su sincero deseo de salvaguardar la paz de Europa". Y recordó a los ministros la "leal actitud del emperador alemán en la guerra ruso-japonesa y durante los disturbios internos que Rusia había sufrido después".²⁰

La refutación corrió por cuenta de Aleksandr Krivoshein, el poderoso ministro de Agricultura. Fiel a la endémica incapacidad de los rusos para olvidar un agravio, éste sostuvo que, pese a las amables cartas del káiser a su primo, el zar Nicolás, los alemanes habían provocado a Rusia durante la crisis de Bosnia de 1908. Por tanto, "la opinión pública y la parlamentaria no comprenderían por qué, en un momento crítico que afecta los intereses vitales de Rusia, el gobierno imperial se mostró renuente a actuar con audacia [...] Nuestras actitudes excesivamente prudentes no han logrado, por desgracia, aplacar a las potencias de la Europa central".²¹

El argumento de Krivoshein fue apoyado por un despacho del embajador ruso en Sofía, en el sentido de que, si Rusia retrocediera, "nuestro prestigio en el mundo eslavo y en los Balcanes podría perecer para no levantarse más".²² Los jefes de gobierno son notoriamente sensibles a los argumentos en que se pone en duda su valor. A la postre, el zar hizo a un lado sus premoniciones de desastre y optó por apoyar a Serbia, aun a riesgo de una guerra, si bien no llegó a ordenar la movilización.

Cuando Serbia respondió al ultimátum de Austria el 25 de julio en forma inesperadamente conciliadora —aceptando todas las demandas austriacas, excepto una—, el káiser, de regreso de su crucero, pensó que había pasado la crisis. Pero no contó con que Austria estaba resuelta a explotar el apoyo que él había prometido con tanta impruden-

cia. Ante todo, había olvidado —si es que en realidad lo supo— que, estando las grandes potencias tan cerca de la guerra, era probable que los programas de movilización se adelantaran a la diplomacia.

El 28 de julio, Austria declaró la guerra a Serbia, aunque no estuviera lista para emprender la acción militar hasta el 12 de agosto. El mismo día, el zar ordenó la movilización parcial contra Austria y descubrió, para su sorpresa, que el único plan que su estado mayor había preparado era de movilización general contra Alemania y a la vez contra Austria, pese a que durante los últimos 50 años Austria había obstaculizado las ambiciones de Rusia en los Balcanes, y a que una guerra localizada entre Austria y Rusia había sido material de las escuelas militares durante todo el periodo. El ministro del Exterior ruso, sin darse cuenta de que estaba en pleno diálogo de sordos, trató de tranquilizar a Berlín el 28 de julio: “[Entre] las medidas militares que hemos tomado a consecuencia de la declaración de guerra austriaca [...] ni una de ellas va dirigida contra Alemania”.²³

Los jefes militares rusos, discípulos todos de las teorías de Obrúchev, se indignaron ante la moderación del zar. Deseaban la movilización general y, así, una guerra con Alemania, país que hasta entonces no había dado ningún paso militar. Uno de los generales más importantes dijo a Sazónov que “la guerra se ha vuelto inevitable y estamos en peligro de perderla antes de tener tiempo de desenvainar la espada”.²⁴

Si el zar les pareció demasiado vacilante a sus generales, en cambio resultó excesivamente decidido para Alemania. Todos los planes de guerra alemanes se basaban en derrotar a Francia en seis semanas, y entonces volverse contra Rusia que, suponían, aún no estaba plenamente movilizada. Toda movilización rusa —así fuese parcial— reduciría ese plazo aumentando los peligros del juego ya de por sí arriesgado de Alemania. En consecuencia, el 29 de julio Alemania exigió que Rusia suspendiera su movilización, o Alemania la imitaría. Y todos sabían que la movilización alemana equivalía a la guerra.

El zar era demasiado débil para no ceder. Suspender la movilización parcial habría frustrado toda la planeación militar rusa, y la resistencia de sus generales lo convenció de que la suerte estaba echada. El 30 de julio Nicolás ordenó la plena movilización. El 31 de julio Alemania volvió a exigir el fin de la movilización rusa. Cuando su petición no fue atendida, Alemania declaró la guerra a Rusia. Esto ocurrió sin un solo intercambio político serio entre San Petersburgo y Berlín acerca de la sustancia de la crisis, y sin que hubiera una sola disputa tangible entre Alemania y Rusia.

Alemania se enfrentó entonces al problema de que sus planes de guerra exigían un ataque inmediato a Francia, que se había mostrado tranquila durante la crisis, salvo al alentar a Rusia a no ceder prometiéndole su apoyo incondicional. Comprendiendo por fin adónde lo

habían llevado 20 años de histrionismo, el káiser trató de desviar la movilización alemana de Francia hacia Rusia. Su intento de contener a los militares fue tan vano como el anterior y similar esfuerzo del zar por limitar el alcance de la movilización rusa. El estado mayor alemán no estaba más dispuesto que el ruso a anular 20 años de planeación; y asimismo, como el estado mayor ruso, tampoco tenía un segundo plan. Aunque tanto el zar como el emperador hubiesen deseado retroceder ante el abismo, ninguno de los dos sabía cómo hacerlo: el zar porque le impedían efectuar una movilización parcial; el káiser, porque le impedían movilizarse sólo contra Rusia. Ambos fueron maniatados por la maquinaria militar que ellos mismos habían ayudado a construir y que, una vez puesta en movimiento, demostró ser irreversible.

El 1º de agosto Alemania preguntó a Francia si se proponía seguir siendo neutral. Si Francia hubiese respondido de manera afirmativa, Alemania habría exigido las fortalezas de Verdún y de Toul como prendas de buena fe. En cambio, Francia respondió, un tanto enigmáticamente, que actuaría como lo exigiera su interés nacional. Alemania, desde luego, no tenía nada concreto con qué justificar una guerra contra Francia, que se había mantenido al margen de la crisis balcánica. Una vez más, los programas de movilización fueron la fuerza motora. De este modo, Alemania inventó ciertas violaciones francesas a la frontera y el 3 de agosto le declaró la guerra. El mismo día tropas alemanas, llevando adelante el Plan Schlieffen, invadieron a Bélgica. Al día siguiente, 4 de agosto, para sorpresa de nadie más que de los gobernantes alemanes, la Gran Bretaña le declaró la guerra a Alemania.

Las grandes potencias habían logrado convertir una secundaria crisis balcánica en guerra mundial. Una disputa por Bosnia y Serbia había causado la invasión de Bélgica, en el otro extremo de Europa, la que, a su vez, hizo inevitable la entrada en guerra de la Gran Bretaña. Resulta irónico que, cuando ya se habían entablado las batallas decisivas en el frente occidental, las tropas austriacas aún no hubiesen lanzado su ofensiva contra Serbia.

Alemania supo demasiado tarde que no puede haber certidumbres en la guerra y que su obsesiva búsqueda de una victoria rápida y decisiva la había hecho que se enfrascara en una agotadora guerra de desgaste. Al aplicar el Plan Schlieffen, Alemania anuló todas sus esperanzas puestas en la neutralidad británica, sin lograr destruir al ejército francés, destrucción que había sido el propósito inicial de correr esos riesgos. Irónicamente, Alemania perdió la batalla ofensiva en el Oeste, y ganó la batalla defensiva en el Este, como lo había previsto el viejo Moltke. A la postre, Alemania se vio obligada a adoptar la estrategia defensiva de Moltke, también en el Oeste, después de lanzarse a un curso que excluía la paz política de compromiso en que se basara la estrategia de Moltke.

El Concierto de Europa fracasó miserablemente porque su liderazgo político había abdicado. En consecuencia, no se intentó siquiera la clase de Congreso Europeo que durante casi todo el siglo XIX había ofrecido un periodo para calmar los ánimos o producido una solución real. Los gobernantes europeos habían previsto toda contingencia, salvo el tiempo necesario para una conciliación diplomática. Habían olvidado la frase de Bismarck: “¡Ay de aquel guía cuyos argumentos, al término de la guerra, no sean tan plausibles como lo fueron al principio!”

Cuando todo terminó, 20 millones de personas habían muerto; el Imperio austro-húngaro había desaparecido; tres de las cuatro dinastías que entraron en guerra —la alemana, la austriaca y la rusa— habían sido derrocadas. Sólo la casa real británica quedaba en pie. Después, sería difícil recordar exactamente lo que había desencadenado la conflagración. Lo único que todos sabían era que, de las cenizas de aquella locura monumental, había que construir un nuevo sistema europeo, aunque su naturaleza fuera difícil de discernir entre las pasiones y el agotamiento que originó la carnicería.